

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

Marjorie Barzuna de Pinto

Distinguidos expositores, congresistas nacionales e internacionales, padres y madres de familia, educadores, público en general.

Poco queda por decir después de las brillantes exposiciones que se han sucedido en estas jornadas, de las enriquecedoras colaboraciones de los componentes de los distintos paneles, y de lo que cada uno y cada una de los participantes han aportado al Congreso *Hacia una educación más humana*.

Agradezco a todos la dedicación prestada que ha hecho posible profundizar en la grandeza de la tarea educadora. Se nos abren retos importantes al inicio del siglo XXI para *formar a la persona*: entre esos retos, algunos quedan inicialmente apuntados en las líneas orientativas que hemos escuchado hace unos minutos, y que la *Asociación para el Desarrollo Educativo y Cultural, ADEC*, y estoy segura que también la inmensa mayoría de los asistentes, si no todos, se proponen llevar a término con estudios y medidas ulteriores.

En el pensamiento de Josemaría Escrivá hay una frase que quisiera destacar: en el marco de impulsar al hombre hacia Dios, que era su única ocupación, decía que es necesario *ser muy humanos si queremos ser divinos*. Ahí, en la formación de la persona, en la profundización antropológica, radica, a mi modo de ver, el éxito de la educación: sabiendo cada vez mejor qué es el hombre, cómo reacciona, qué le motiva, etc., los educadores acertaremos más en la apasionante labor de forjar personas de talante íntegro.

Muchas iniciativas educativas han surgido en el mundo entero a la luz del impulso dado por el Beato Josemaría, hace ya 40 años, para que los padres de familia, primeros educadores y empeñados en dar la mejor formación a sus hijos, promovieran centros de enseñanza a todos los niveles y en todos los ambientes de la sociedad. Esas instituciones tienen en común el afán de formar hombres capaces de amar la libertad y de difundirla. Una libertad entendida no como la liberación de cualquier vínculo, sino como la capacidad de elegir libre y responsablemente el bien, y aceptar las consecuencias de esta elección.

Tenemos el convencimiento de que la familia es el ámbito propio del desarrollo más profundo de la persona, de las actitudes cristianas ante la vida, de formación religiosa y, en general, del cultivo de la personalidad: diría que principalmente se educa en el seno de la familia. Detrás de la familia, ocupa un papel relevante el Centro educativo. Es una realidad que, después de este Congreso, los horizontes se han abierto como un gran abanico. Como directora de un centro docente, sé que en educación no hay recetas mágicas, pero sí senderos más seguros para emprender el camino de la aventura extraordinaria de la vida, especialmente en estos tiempos de crisis en los que, con

optimismo y seguridad, debemos marcar pautas educativas e inculcar los valores que permitan a nuestros jóvenes, –los grandes hombres y mujeres del mañana–, ser capaces de comprometerse y forjar un mundo en el que valga la pena vivir.

Así mismo, agradecemos a todas las personas que han colaborado en la organización de este Congreso. Son muchas, no menciono sus nombres, por lo mismo, pero cada una, como las piezas de un rompecabezas, han hecho posible este Congreso en la aurora del año que conmemorará el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría. De su mano, reemprendemos la tarea del proyecto educativo poniendo nuestras pisadas sobre las huellas de su pensamiento y con el deseo de que también nuestras vidas se conformen a sus enseñanzas, y así lograr en todas las circunstancias, la satisfacción del deber cumplido con perfección. Muchas gracias.